

**¡Felices los
que trabajan
por la Paz!**

Domingo 03 de Julio

**Domingo XIV Tiempo Ordinario
Julio 3 de 2016**

Isaías 66,10-14c
Salmo 65,1-3^a
Gálatas 6,14-18
Lucas 10,1-12.17-20

“Que la paz corra como un río...”

“Verdad, justicia, reparación y no repetición para la construcción de la paz en un sistema integral donde las víctimas del conflicto están al centro”. Esta frase la hemos oído o leído a lo largo de este proceso. Podemos estar o no de acuerdo con todos los mecanismos que están unidos a esta propuesta, ya largamente discutida, pero, salta a la vista un elemento diferencial que hace de la propuesta colombiana, única: las víctimas al centro.

Las lecturas de hoy están selladas con el tema de la paz. Para Isaías, Pablo y Lucas, la paz es como una especie de dignidad. Es decir: se la merece quien la busca, quien la construye, quien la guarda y quien la ansía, especialmente las víctimas. Y, aunque alguien no la merezca, es probable que ella misma lo toque y lo convierta.

“Yo haré correr hacia ella, como un río, la paz” (Is 66,12).

El autor se refiere a Jerusalén y sabe que es allí donde será posible el Reinado de Dios. Es entre los seres humanos que es posible poner a Dios al centro, cuando se acabe todo odio, cuando cese la violencia, cuando se establezca la justicia.

El último capítulo del libro de Isaías (66) pone al centro un pueblo que renace. Los verbos que se usan al inicio del texto leído son de fiesta: “festejen, gocen, alégrese”. ¡Y quién no va a alegrarse con la paz! Hacia ella vamos, por ella luchamos; alcanzarla es nuestra meta; mantenerla será el reto.

“Lo que importa es ser una nueva criatura. Paz y misericordia para todos los que siguen esta norma” (Ga, 6,15-16). Pablo, al terminar su carta a los Gálatas, les resume la finalidad para que nadie se engañe con la ley. Si en Isaías se hablaba de un nuevo pueblo, aquí se habla de un nuevo ser y esa nueva criatura se merece la paz. Es obvio que el autor no está poniendo la paz como un premio sino como una construcción personal y comunitaria. Todo el que la quiera la puede alcanzar y todo aquel que la busque es digno de ella.

“Cuando entren en una casa digan primero: Paz a esta casa” (Lc 10,5). Entre los muchos mandatos de Jesús, el envío como ovejas entre lobos llama mucho la atención. No se manda a pacificar a quienes están avenidos; no se envía para reconciliar a quien no tiene conflictos; no se puede dar perdón a quien no lo pide.



¡Felices los que trabajan por la Paz!

Como colombianos, seguimos enfrascados en diversas discusiones acerca de estas actitudes. ¿Por qué perdonar? ¿Cómo perdonar? ¿A quién perdonar? Como cristianos y católicos nos preguntamos a qué estamos llamados en este presente que nos duele. El mensaje es claro: somos llamados a ser agentes de paz.

Que la paz corra como un río; como el río Magdalena, en abundancia...

Que la paz sea la dignidad de quienes nos le apuntamos al cambio y la dignidad de quienes más se merecen la paz: las víctimas.

Que la paz llegue a nuestra casa, a nuestra familia, a nuestra región, a nuestro país entero.

La nuestra no puede ser una paz importada. Tiene que manifestarse porque Dios está al centro y El nos hace nuevas criaturas. Será el único modo de comunicarla y de hacer de éste, un nuevo lugar, una nueva sociedad, donde el saludo sea: “la paz contigo”.

